

Me despertó un sonido familiar. Se trataba de un rechinar de dientes sordo, casi imperceptible, pero que yo tenía interiorizado. Entreabrí los ojos y la habitación estaba inundada de oscuridad. No sabía en qué hora vivía, pero debía ser de noche pues por las rendijas de la persiana apenas entraba una luz tenue que recortaba los pequeños rectángulos que había entre lamas.

Giré todo mi cuerpo en dirección a la ventana y allí estaba ella, también con el cuerpo girado hacia mí. Su pelo, vaporoso, parecía más claro que de costumbre. Sólo podía apreciar una franja, la que sobresalía de su cabeza y era alumbrada por la penumbra de la ventana, enmarcando la forma de su cabeza.

Apenas veía más, apenas apreciaba más, pero era suficiente para saber que ella estaba allí. El rechinar lo confirmaba. Su bruxismo, por suerte, la delataba. No podía apreciar sus suaves facciones, sus preciosas pupilas color miel, su alargada y preciosa nariz, acabada en una original redondez elegante y aristocrática, pero podía vislumbrarla en la penumbra y sentirla cerca.

Alargué la mano hasta adentrarla en su cabellera vaporosa, suave. Jugueteeé con ella, ensortijándola entre los dedos, pero sin apenas tocarla. No quería despertarla.

Con la otra mano busqué la suya, enguantada como siempre, debido a los dolores. La acaricié con dulzura y la

estreché con el más leve de los movimientos para no provocarle ningún padecimiento.

El amanecer vino a despertarme de nuevo. Me sorprendí durmiendo de lado, yo que soy incapaz de dormir en otra posición que no sea mirando al techo. Ahora sí se podía ver con cierta claridad el contorno de las sábanas sobre la cama, sin embargo, ella no estaba.

Me quedé un buen rato en aquella posición, rememorando lo que había pasado, paladeando el roce de su cabello entre mis dedos y el calor de su mano en la mía.

Ya hacía casi un año que el cáncer se la había llevado, pero aquella noche, tan cierto como que el chirrido de sus dientes era inconfundible, ella había venido a visitarme.